

LOS NUESTROS

Los nuestros son todos los que luchan. *Gerardo María Ferrari* y *Emilio Mariano Jáuregui* eran de los nuestros.

Los nuestros, no quiere decir secta, ni grupo, ni organización, ni propaganda de los que pusieron su vida en la causa grande del pueblo, de la liberación del pueblo.

Los nuestros significa pertenencia solidaria y definitiva de todos los que luchan, de todos los que combaten, de todos los que se incorporan a la marcha del pueblo.

Gerardo era un militante cristiano y revolucionario que había asumido la lucha revolucionaria y el deber de todo cristiano de hacer la revolución. Y *Gerardo* estaba haciendo la revolución. La hacía todos los días en su militancia obrera, encarnando el dolor del pueblo, mordiendo su misma rabia, planeando y construyendo el camino hacia la toma del poder, hacia el hombre nuevo.

Por eso el asesinato de *Gerardo* es el asesinato de un compañero revolucionario, de un compañero excepcional por su generosidad, por su humildad, por su inteligencia, por su coraje.

En estas páginas reflejamos quién era *Gerardo Ferrari*, según el testimonio de sus padres, de los militantes católicos y de los sacerdotes de Rosario que fueron sus compañeros de estudios en el Seminario. Allí está todo dicho y dicho con un cariño, un respeto y una admiración que sobran otras palabras para decir lo mismo.

Gerardo Ferrari militaba en las filas del peronismo revolucionario.

Gerardo fue presentado como un delincuente, como un maleante. Aparentemente, murió baleado por la policía, por la represión, por el miedo.

Pero a *Gerardo* lo mataron por peronista, por revolucionario, por ser parte de un pueblo

cada día renace la esperanza
hasta que después del verano las calles cubiertas
de sangre tienen frío

algún día conocerás el rostro
hasta que después del verano una jugada de
violencia desfigure todos los recuerdos

que ya se ha puesto en marcha y al que no lo detendrán ni con un diluvio de balas.

Emilio Jáuregui era también de los nuestros. Su militancia gremial y política fue conocida por todos. Su ideología marxista fue auténtica y respetada por todos los compañeros que compartieron su lucha.

Lo que nunca olvidaremos, lo que nunca se dirá bastante, lo que siempre necesitamos tener junto a nosotros es el ejemplo de la autenticidad y del coraje de *Emilio*.

Por su origen de clase, por su formación intelectual, por su extraordinaria capacidad política, por su conocida audacia en la acción, la autenticidad con que *Emilio* fue viviendo las etapas de su militancia revolucionaria nos muestra la fuerza de sus convicciones y la decisión de su compromiso con la revolución.

Cada compañero siente de qué manera se van incorporando a nuestra sangre la sangre de los caídos cerca nuestro.

Cada compañero siente de qué manera *Gerardo* y *Emilio* siguen adentro nuestro, junto a nosotros, para darnos la fuerza y el aliento; para marcarnos todos nuestros deberes, todas las exigencias de nuestro compromiso.

Cada compañero siente de qué manera se le mete a uno el silencio de los encuentros que ya no se darán entre nosotros y el vacío de estas dos presencias que se van transformando y realizando en cada uno de nuestros actos, en cada una de nuestras luchas.

Ahora, que las palabras se hicieron pedazos a balazos, sólo nos queda una explicación, que es la más cierta:

GERARDO TENIA LA PASTA DE CAMILO

EMILIO TENIA LA PASTA DEL CHE

GERARDO M. FERRARI

Clamor de Justicia

“Maltratado, fue arrebatado por juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, pues fue arrancado de la tierra de los vivientes y herido de muerte por el crimen del pueblo. Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura, y fue en la muerte igualado a los malhechores a pesar de no haber cometido maldad ni haber mentira en su boca”. ISAIAS 53, 5-9.

Los que hemos conocido a Gerardo Ferrari y hemos leído la crónica de su muerte creemos un deber de justicia aclarar varios aspectos, no sólo de su muerte, sino también de su vida.

Los calificativos aparecidos en la prensa, tales como “pistolero, malhechor, malviviente, delincuente, hampón”, constituyen una injuria a su persona, a su familia, a sus amigos y a cuantos lo conocieron.

Ingresó al Seminario San Carlos Borromeo de Rosario, donde cursó estudios secundarios, filosóficos y teológicos.

Su personalidad se salía de los cánones comunes. Su entrega a los demás lo hacía chocar con las estructuras establecidas. Comenzó a trabajar con la gente de una Villa de emergencia situada en la Bajada Cepeda, pronta a ser desalojada. Allí compartió totalmente los problemas y la vida precaria de sus moradores.

Esto condujo a un enfrentamiento con el Obispo y algunos superiores del Seminario en

1965. Recibió una carta de su Obispo que le exigía abandonar sus actividades en la Villa y hacer un año de penitencia en el Seminario como condición para ordenarse. Posteriormente, en una entrevista, Gerardo se negó rotundamente a traicionar el compromiso asumido con los pobres. Debió salir del Seminario. Entre una iglesia institucionalista, legalista y antievangélica y una Iglesia de los pobres, evangélica, pobre ella misma, prefirió esta última. Su generosidad lo llevaba a desprenderse de todo por amor a los indigentes, viviendo así una pobreza auténtica.

Su franqueza ayudó a muchos amigos a ver con claridad problemas personales y a encauzar la vida de cada uno de ellos. Su optimismo, casi profético, lo empujaba a emprender tareas audaces y a llevarlas hasta sus últimas consecuencias movido por el amor; actitudes éstas que persistieron y fueron acrecentándose hasta el final de su vida.

Esta breve e incompleta semblanza de la vida de Gerardo nos recuerda a Cristo, quien luego de predicar el amor y la entrega al prójimo, fue crucificado entre dos ladrones por las autoridades que lo acusaron de malhechor y agitador.

COORDINADORA DE MOVIMIENTOS Y
COMUNIDADES DE LA IGLESIA EN
ROSARIO

Carta de sus Padres

Gerardo (Gera), era el segundo de nuestros doce hijos. Ya de muy chiquito demostró un espíritu generoso y emprendedor. Al trasladarnos al lugar donde ahora vivimos, admiró a nuestros nuevos vecinos por su fuerza, voluntad y capacidad de trabajo. Siempre el primero en tareas superiores a su edad de seis años, como ordeñar y zapar, para ayudarnos a mantener nuestra familia ya de seis hijos.

Narraremos un episodio como ejemplo de su generosidad: bañándose en un piletón, se zambulló en mala forma, y quedó mortalmente rígido; más tarde, al reaccionar, nos contó:

—Sentí que me moría y dije “Mi vida por un sacerdote”.

A los nueve años terminó muy bien tercer grado, y nos pidió ingresar al Seminario. Esas vacaciones rindió libre ante una Mesa examina-



dora provincial cuarto grado, y durante el mismo año, ya en el Seminario, cursó quinto y sexto con las mejores calificaciones. Esa era su inteligencia: tres años en uno.

Su generosidad siguió creciendo con la edad y su exuberante físico. A los veintitrés años concluyó sus estudios sacerdotales, fue ordenado subdiácono y manifestó al Sr. Obispo que deseaba ser sacerdote obrero. No le fue aceptado el pedido, y no llegó a sacerdote.

Entonces orientó sus trabajos y toda su vida a ayudar a los explotados. Su obra principal en tal sentido en Rosario, la realizó en la Bajada Cepeda, en el entonces llamado Campo de Mayo. Junto a un grupo de universitarios, pero especialmente orientando el esfuerzo de los habitantes consiguieron trasladar la población de cuarenta y cinco familias a un lugar mejor, con mejores casas, agua sana y escuela. Prosiguiendo sus interminables y pacientes gestiones ante el instituto público de la vivienda, consiguieron una máquina bloquera y montaron una pequeña fábrica, constituyéndose en una humilde pero tenaz y progresista cooperativa. Esto le llevó muchos meses de trabajo, durante los cuales con-

vivió con esa gente humilde y buena que lo sigue amando como a un hermano.

En 1966 se trasladó a Avellaneda, siempre esperanzado en ser sacerdote obrero. Trabajó en varias fábricas, dedicando sus horas libres, su trabajo personal y los pocos pesos que le quedaban para ayudar a los más pobres que él.

Hace un mes se casó en una parroquia de Buenos Aires, sin que esto disminuyera su entrega a los hermanos.

De pronto nos llega de Buenos Aires la increíble noticia: "¡Gerardo ha muerto balceado por la policía!" Gerardo es tratado por algunos diarios de "pistolero", por otros, de "hampón"... ¡Dios mío! en un diario, en primera página la fotografía en grande de Gerardo muerto, y a su lado, en otra foto ¡el sátiro!... Como Cristo en la cruz junto a los ladrones. ¿Cómo pudo suceder tan horrible confusión?

Señor, te ofrecemos humildemente la vida joven generosa y santa de nuestro querido Gerardo, por un mundo más justo y por los pobres a quienes dedicó su vida!

ORFEL JUAN FERRARI
INES F. VIGLIONE DE FERRARI

TESTIMONIO DE SACERDOTES SOBRE GERARDO M. FERRARI

LOS DIARIOS DEL VIERNES 13 DE JUNIO
DECIAN QUE HABIA SIDO ABATIDO UN
FEROZ DELINCUENTE, ASESINO, HAMPON.
PISTOLERO, MALHECHOR: GERARDO MA-
RIA FERRARI.

Los sacerdotes abajo firmantes conocimos a Gerardo durante muchos años, lo vimos ingresar al Seminario en 1953 cuando contaba diez años de edad.

Allí valoramos su capacidad y responsabilidad en el estudio, su esfuerzo en el trabajo, su franqueza y lealtad, su optimismo que lo llevaba a emprender tareas y llevarlas hasta sus últimas consecuencias, constituyendo así una personalidad que se salía de los cánones comunes.

Esto lo llevaba a chocar con ciertas estructuras establecidas.

Vivió intensamente cada momento de su vida.

En el Seminario, varios de nosotros hemos compartido con él las penas y alegrías de la vida en comunidad, a la cual solía infundirle un dinamismo creador que la libraba de la mediocridad.

Fuimos testigos de su ahínco por seguir incondicionalmente los pasos de Cristo y ser Sacerdote. Tomó muy en serio su vocación.

Detestaba el conformismo fácil de los actos litúrgicos rutinarios, y por eso, cuando alguna festividad litúrgica jalonaba el año, Gerardo era el creador, el organizador de formas nuevas de piedad auténtica, de expresiones de vida cristiana profunda.

En 1964 los superiores del Seminario lo enviaron a una Villa de emergencia, situada en el extremo norte de Rosario, para enseñar allí catecismo.

A poco de iniciar ese trabajo comprendió que de nada servía enseñar a los pobres la religión del amor si no les demostraba prácticamente que los amaba en concreto, asumiendo sus miserias, encarnándose en medio de ellos, amándolos tales como eran, con un amor serio, que lo apremiaba a intentar eficazmente la liberación de todas las opresiones que los frustraban.

Los moradores de la Villa estaban a punto de ser desalojados a raíz de una injusta disposición emanada de Vialidad, que pretendía derribar las precarias viviendas allí existentes, porque estorbaban al trazado de la Circunvalación, y no daban a esas personas una solución posterior.

Promovió, por el esfuerzo común de sus habitantes y de un grupo de universitarios, una cooperativa para edificar viviendas. Así quedó constituido un barrio que, tiempo después, fue atribuido a "esfuerzos" municipales.

Esta entrega en plenitud a los más necesitados lo enfrentó con estructuras y personas que hacen prevalecer la disciplina y la letra de la ley, sobre la Ley del Amor.

Habló con sus Superiores sobre el particular, pero estos le ordenaron que debía "cambiar de mentalidad".

Ante esta situación concreta que le impedía amar, se vio obligado a dejar el Seminario para no traicionar el compromiso contraído con los pobres de Bajada Cepeda, ya fin de continuar la obra, se retiró a vivir a un rancho en medio de ellos. Allí compartió su miseria y opresión.

Viendo que la obra de promoción había adquirido un dinamismo propio, dada la madurez de los moradores, y como anhelaba realizar el ideal de su vocación sacerdotal, marchó a Buenos Aires en 1966. Allí esperaba encontrar mejores condiciones para realizar su sueño de ser sacerdote obrero.

Pero al ir adentrándose vivencialmente en niveles cada vez más profundos de compromiso por liberar al hombre, comprendió que si se ordenaba de sacerdote, aún permitiéndosele ser obrero, ciertas estructuras del momento implicarían para él un retroceso respecto del grado de compromiso ya asumido.

Por eso se decidió a vivir como simple cristiano entregado a los demás.

A pesar de sus destacadas cualidades intelectuales y literarias, trabajó durante tres años como obrero.

Hacia veinte días había contraído matrimonio en una Parroquia de Buenos Aires.

Esta es en síntesis, una breve e incompleta semblanza de la vida de Gerardo. Fue un auténtico seguidor de Cristo que nunca temió dar su vida marcada con un sello personal por ese mismo amor de Cristo sufriente en el dolor y las injusticias de los hombres, y, como Cristo, fue contado entre los malhechores.

Interpelamos por tanto a todo hombre justo para que valore esta muerte perpetrada por fuerzas de opresión que se oponen a todo intento de liberación y tronchan vidas entregadas a la misión de sublimar auténticos valores humanos y denunciar toda injusticia estructuralista.

ESTO ES LO QUE HAN HECHO CON GERARDO MARIA FERRARI.

PRESBITEROS: José M. Ferrari, Néstor Ciarriello, Antonio Ferian, Nelson Rolandi, Armando Amirati, Marcelo Maurizi, Juan Larrambeberre, Juan C. Arroyo, Angel Presello, Emidio Tetamanzi, Natalio Torressi, Henri Praolini, Angel Sibona, Julio Pecci, Oscar Lupori, Francisco Parenti, Ricardo Giaccone y Ernesto Sonnet.